
Máximo Rossi, Jr., *Praxis, historia y filosofía en el siglo XVIII. Textos de Antonio Sánchez Valverde*. Santo Domingo. Editora Taller, 1994.

Raymundo González, *Bonó, un intelectual de los pobres*. Santo Domingo. Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo, SJ, 1994.

Eugenio de J. García Cuevas, *Juan Bosch: novela, historia y sociedad*. San Juan, PR, La Vega, RD: Editorial Isla Negra y Ediciones Hojarasca, 1995.

Quien examine la historiografía de las últimas décadas se percatará, sin mucho esfuerzo, de las mutaciones que ha sufrido en estos años. En los años sesenta, en la historiografía de América Latina y el Caribe predominaron las investigaciones sobre las estructuras económicas y sociales. Y no era para menos. Acuciados por los graves dilemas presentados por la dependencia, la pobreza generalizada y las profundas inequidades sociales, muchos intelectuales latinoamericanos y caribeños intentaron buscar en el pasado los hilos perdidos de un presente angustioso. Por ello la historiografía de esos años prestó tanta atención a unas estructuras sociales que reproducían al infinito una terrible "herencia colonial" de explotación y marginación. En consecuencia, la historia era ocupada principalmente por una variedad de estudios acerca de las estructuras agrarias, los precios, las redes de mercadeo, los sistemas de trabajo y los sectores empresariales -ya fuesen comerciantes, latifundistas o industriales. Mientras tanto, otros aspectos de las sociedades latinoamericanas y caribenas fueron menoscabados por la historiografía.

Entonces habfa, en la casa de la historiografía, poco espacio para las ideas y la cultura en general. Pero, subrepticamente, la cultura se nos ha colado por la cocina. Y ello es evidente en la producción historiográfica que se ha venido haciendo en la República Dominicana recientemente, entre cuyos ejemplos mas conocidos se encuentran la enjundiosa obra de Fernando Perez Memen, *El pensamiento dominicano en la primera República, 1844-1861*. 2da. ed., Santo Domingo. Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1995, y el sugerente estudio de Andres L. Mateo, *Mita y cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo. Librería La Trinitaria

e Instituto del Libro, 1994. Sin embargo, no son éstas las únicas obras que intentan recuperar los espacios de la cultura en la historiografía dominicana. Aunque más modestas que las ambiciosas obras de Pérez Memén y Mateo, cada una de las cuales abarca un período histórico e incluye a las principales corrientes y las más importantes figuras del pensamiento político y social de la época estudiada, las obras comentadas aquí también contribuyen a la revaluación de la historia cultural dominicana, máxime porque cada una de ellas se concentra en uno de los intelectuales de mayor relevancia de sus respectivas épocas. Así, mientras Máximo Rossi estudia los textos de Antonio Sánchez Valverde, escritor del siglo XVIII, Raymundo González se centra en la figura de Pedro Francisco Bonó, hombre de letras del siglo pasado, y Eugenio García Cuevas examina la obra de Juan Bosch, escritor y político del presente siglo.

Lo primero que hay que destacar son los diversos trasfondos de las obras comentadas. El libro de Rossi se originó en una tesis doctoral, y presta gran atención al contexto latinoamericano y europeo de las ideas económicas, filosóficas y políticas de Sánchez Valverde. La obra de García Cuevas también es producto de una tesis -en este caso de maestría- presentada en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Por tratarse de obras que fueron concebidas como totalidades, estos dos libros se diferencian del de González, constituido por cinco ensayos escritos con propósitos diversos y dados a conocer en conferencias y revistas. A pesar de ello, entre los ensayos de González se encuentran, en mi opinión, algunos de los trabajos más significativos de la historia cultural dominicana de los tiempos recientes. A tono con sus diversos orígenes, las obras reseñadas también se caracterizan porque en ellas, en mayor o menor grado, se genera un vigoroso diálogo entre enfoques académicos. Por supuesto, entre sí, las obras comentadas muestran diferencias significativas en cuanto a las perspectivas y las metodologías enfatizadas en el estudio de los autores tratados. Todo ello, sin embargo, debe enriquecer

el diálogo sobre la historia cultural dominicana. Pero veamos, en lo concreto, cada uno de los libros. Siguiendo un rudimentario criterio cronológico, comenzaré con la obra de Rossi sobre Sánchez Valverde.

Como sugiere su título, esta obra se circunscribe al análisis de los textos de Antonio Sánchez Valverde. El primer capítulo del libro ofrece una síntesis de la era colonial, aunque sólo al final del mismo se hacen consideraciones directamente vinculadas a la historia cultural. En el segundo capítulo se realiza una biografía de Sánchez Valverde; en el mismo se comienza a dibujar la imagen de un criollo inmerso en las corrientes intelectuales de su siglo. De este estudio, Sánchez Valverde emerge como una figura de gran importancia en el surgimiento de una conciencia criolla, no sólo en Santo Domingo sino en la América española del siglo XVIII. El polémico sacerdote dominicano tiene obvios paralelismos con varias de las más relevantes figuras intelectuales de América durante la época colonial. En términos de sus inquietudes intelectuales, de las polémicas en que participó y de sus conflictos con la autoridad, su vida tuvo similitudes sorprendentes con la del erudito mexicano Francisco Javier Clavijero y con la de ese criollo furibundo que fue el también mexicano Fray Servando Teresa de Mier. Al igual que ellos, Sánchez Valverde se abocó a la defensa del mundo americano, en todas sus dimensiones, en contra de los ataques que sufrió de parte de algunos de los intelectuales europeos más prominentes de su época. Si hay una constante en los escritos de Sánchez Valverde es, precisamente, su defensa de lo criollo ante el menosprecio de los europeos. Tanto en su obra principal, *Idea del valor de la Isla Española*, como en otros textos suyos menos conocidos y que son comentados por Rossi -por ejemplo, un ensayo en el que rebate la tesis sobre el origen americano de la sífilis-, Sánchez Valverde realiza combativas apologías de América en general y de Santo Domingo en particular.

Al mostrarnos a un Sánchez Valverde envuelto en los más agudos debates intelectuales de su época -ya sobre el origen de la sífilis, ya en defensa de la naturaleza americana, vilipendiada por los europeos por considerarla inferior a la del

Viejo Mundo, o en sus ardientes debates teológicos y filosóficos-, Rossi ofrece elementos para comprender el proceso formativo de lo que se ha llamado el "patriotismo criollo". En tal sentido, valdría la pena continuar el rastreo de Sánchez Valverde, quien murió en México, en 1790, justo cuando una figura como Mier comenzaba a despuntar, en sus acres debates teológicos, por sus posturas francamente criollistas. Por tal razón, obras como *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, 2da. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1991, de Jacques Lafaye, en la que se demuestra el sustrato político de tales polémicas, deben constituir contrapuntos a las futuras indagaciones sobre la figura de Sánchez Valverde. Rossi ha contribuido, por cierto, a desbrozar el camino al ubicar al escritor dominicano en la coyuntura política y cultural de fines del siglo XVIII, cuando el patriotismo criollo pugnaba, de manera contradictoria, por redefinirse frente a lo metropolitano. Por tal razón, Sánchez Valverde es una verdadera figura fundacional, exponente de corrientes ideológicas que fluían a todo lo largo de nuestra América. En fin, su pensamiento es un eslabón crucial en el desarrollo de las corrientes intelectuales de Santo Domingo. Mostrarnoslo en diversas facetas es, a mi entender, el principal aporte de la obra de Rossi. Por ello, es lamentable que el libro adolezca de algunos deslices editoriales que desmerecen ciertas oraciones y párrafos. Igualmente, hubiese sido conveniente que todas las citas provenientes de otros idiomas hubiesen sido traducidas al español. Hay, finalmente, algunos aspectos del pensamiento de Sánchez Valverde que ameritan mayor reflexión. Por ejemplo, Rossi afirma que, a pesar de sus discrepancias, sus conflictos y frustraciones con las autoridades gubernamentales y eclesiásticas, Sánchez Valverde continuó abogando por "la reforma política" e insistió "en conservar el régimen colonial a través de la reivindicación de La Española" {p. 150}. En esto, anade Rossi, se diferenció de "la mayoría de los intelectuales criollos" de su época, quienes "perseguían la independencia de

España". Creo, sin embargo, que esta última aseveración es debatible y que, por el contrario, hasta fines del siglo XVIII, la intelectualidad latinoamericana, aunque criollista, estuvo lejos de abrazar en su mayoría la causa de la independencia. Para no ir muy lejos, basta con mirar hacia Cuba, buena parte de cuyos intelectuales también se consagraron, en esos años, a la reforma del régimen colonial más que a abogar por su erradicación. En tal sentido, Sánchez Valverde fue tan representativo como el que más.

Mientras que Sánchez Valverde fue un típico representante del pensamiento de la élite criolla en el siglo XVIII, los estudios de Raymundo González sobre Pedro Francisco Bonó tienden a mostrarnos a un intelectual que disentía de las principales corrientes ideológicas predominantes en los círculos letrados dominicanos a fines del siglo XIX. En efecto, González nos ofrece un conjunto de ensayos en los que examina diversos aspectos del pensamiento de Bonó, entre ellos: su crítica a la idea del "progreso", sus diferencias con el pensamiento liberal de su época, su noción de una nación afincada en los sectores populares, y su oposición acerba al centralismo y al despotismo. González sintetiza el pensamiento de Bonó, catalogándolo como "un intelectual de los pobres".

No obstante, Gonzalez no esencializa el pensamiento de Bono, adscribiéndole una homogeneidad desde sus inicios hasta el final de su vida. Por el contrario, uno de los aspectos mas sugestivos de los planteamientos de Gonzalez es que traza las fases del pensamiento de Bono, desde una primera etapa (hacia los años cincuenta) en la que se identificaba plenamente con el liberalismo, sobre todo con el cibaeno, defensor de los intereses regionales. De hecho, fue el federalismo el elemento decisivo en su pensamiento de esa primera epoca, definido por su "preocupacion en torno a las formas juridicas que debfa adoptar la nacion" (p. 42). Pero, argOye Gonzalez, en la decada de los sesenta se inicio el distanciamiento de Bono de los grupos liberales; disgustado con las inconsistencias de ese sector politico, Bono se autoaislo de las lides politicas y profundizó su reflexion sob re el país. Es durante su aislamiento, en el pequeño poblado cibaeno de San Francisco de Macorfs, cuando Bono alcanza la

plenitud de sus críticas al liberalismo y se aproximó a las "clases trabajadoras", sinónimas, en lo fundamental, al campesinado. En esta etapa, "se halla presente en Bonó una interpretación clasista de la sociedad" (p. 30), que lo aproximó, de acuerdo con González, al socialismo utópico europeo. Fundado en un cristianismo definido a partir de la caridad, Bonó desarrolló una radical crítica a la idea liberal del progreso -definido en términos de crecimiento económico-, ya que, como se daba en la República Dominicana a fines del siglo pasado, tendía a empobrecer a las masas del país. Para Bonó, el verdadero progreso estribaba -como señala González en varias ocasiones- "en juntar la riqueza con la justicia".

De su crítica a la noción del progreso, se desprendió un acercamiento a las "clases trabajadoras", que llevó a Bonó a reconceptualizar su idea misma de la nación. El problema nacional quedó sintetizado a partir de entonces en términos de una estructura político-social diseñada "para el despotismo". Según González, es en la explotación del campo por la ciudad donde se encuentra la base material de esa estructura; es por ello que Bonó dirigió sus críticas a la misma. Es, también, en respuesta a su predominio que Bonó reformuló su idea de la nación, pasando a concebirla primordialmente desde sus sectores subalternos. En la deíensa del "peon" -emblema de los sectores trabajadores- encontro Bono la deíensa de la "patria". Yes porello porlo que, segun Gonzalez, Bono se convirtio en un intelectual disidente entre su generacion; "su punto de vista con respecto a las clases trabajadoras" lo distinguió "del conjunto de los intelectuales de su epoca" (p. 27). Por esto -sugiere Gonzalez- hoy en día el pensamiento de Bono adquiere una estatura moral y política muy superior a la de muchos de los letrados que íueron sus contemporaneos.

Valga senalar que, constantemente, Gonzalez hace alusiones a otras íguras intelectuales y políticas contemporaneas a Bono, por lo que su examen del pensamiento de este adquiere mayor plasticidad. En los ensayos de Gonzalez, Bono aparece en dialogo y debate con

figuras como Gregorio Luperón, Eugenio María de Hostos y José Ramón Abad, para mencionar sólo unos pocos ejemplos. De hecho, el último ensayo del libro -que considero que debió ser el primero- es un breve estudio "sobre el pensamiento socio-político dominicano". El ensayo arranca del siglo XIX y, aunque de manera panorámica, trae la discusión hasta las décadas más recientes. En este artículo, González presta particular importancia a la idea de la nación entre los intelectuales dominicanos, e intenta demostrar cómo dicha noción ha carecido de un sólido basamento en los sectores populares. Es decir, la idea de la nación de los intelectuales ha existido de espaldas a las grandes masas. Y ello ha sido así -con muy contadas excepciones- desde los liberales del siglo pasado hasta el periodo posttrujillista. En la época contemporánea, ha habido -añade- intentos de lograr "un nuevo tipo de convergencia entre proyecto nacional y burgués y [los] sectores populares", frustrados en buena medida por "una práctica gubernativa" que "desdice" tales proyectos (p. 154). Parece, en fin, que el "pueblo-nación" y el proyecto político de las élites sociales y de los grupos letrados siguen teniendo pocos puntos de contacto.

Finalmente, contamos con el libro de García Cuevas sobre Juan Bosch. Partiendo de la sociología de la literatura, en especial de las teorías de Lucien Goldmann, García Cuevas se propone identificar la "visión de mundo" que se refleja en *La maffosa*, primera novela escrita por Bosch, publicada en 1936. Según García Cuevas, en esa obra "se conjugan las dos motivaciones que han marcado la existencia de Juan Bosch: la escritura y la política". De manera particular, García Cuevas intenta demostrar que en la novela se expresa la "visión de mundo de la pequeña burguesía", y como ella refleja la "vinculación de su autor con el liberalismo revolucionario dominicano" (pp. 13-14). Por tal razón, se propone rebatir ciertas interpretaciones sobre *La maffosa* que han intentado vincularla con el régimen de Trujillo en la medida en que la novela condena el pasado caudillista y las "revoluciones" de principios de siglo, lo que, según dichas interpretaciones puede entenderse

como una justificación, velada o hasta inconsciente, del trujillismo. Tal interpretación es sustentada por Franklin Franco en su obra *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Nacional, s.f. Así pues, García Cuevas propone una lectura alterna de *La mañosa*, y arguye que la misma "ironiza la historia de forma inconsciente, es decir al régimen trujillista". Añade que esta ironización es reflejo de la "nostalgia y frustración de un sector de la pequeña burguesía radical que fue atajada y arruinada por Trujillo en sus planes de modernizar el país en lo político y lo económico" (p. 34). Es decir, para García Cuevas, la novela de Bosch es el lamento de los sectores de la pequeña burguesía provenientes del sector comercial agrario, venida a menos como consecuencias de la avasalladora acumulación propiciada por el régimen trujillista. Cuando en *La mañosa* habla Don Pepe, uno de los personajes centrales de la obra, habla ese sector de la "pequeña burguesía comercial".

He ahí, en apretadísima síntesis, los argumentos centrales de García Cuevas, quien, evidentemente, propone una lectura histórico-política de la obra de Bosch, en especial de su primera novela. En consecuencia, el autor de este estudio recurre al diálogo entre la sociología, la crítica literaria y la historia con el fin de ofrecernos una visión de la obra literaria de Bosch que nos posibilite conceptualizarla en el contexto de la evolución de su pensamiento político-social. En tal sentido, García Cuevas ha realizado una importante labor, y su libro será, sin duda alguna, uno de los puntales de los íntimos estudios sobre la obra de Bosch. Uno de los méritos principales de esta investigación es que ubica la temprana producción literaria de Bosch en el contexto de la historia cultural dominicana de principios del siglo XX; entre otras cosas, García Cuevas alude a las relaciones entre las intelectuales y el poder, tema de tanta actualidad en la República Dominicana. Para él, en esos años, Bosch había entablado un "diálogo" (lo debate?) con las "intelectuales arielistas", quienes preconizaban un gobierno fuerte que modernizase al país. Para ellos, un Estado vigoroso era uno de los prerrequisitos para adelantar su proyecto "civilizador"; fue por ello que la mayoría terminó favoreciendo

al trujillismo. Bosch fue uno de los pocos que continuó la tradición "liberal nacionalista revolucionaria", la que "no era excluyente de los sectores populares" (p. 34). Es ésta una de las razones por las que García Cuevas sugiere un vínculo o una continuidad -que ameritaría estudiarse- entre Bosch y Bonó.

Una breve reseña no puede hacer justicia a las numerosas sugerencias que hace García Cuevas en torno al contenido político, ideológico y social de la obra de Bosch. Por ello, sólo puedo recomendar encarecidamente la lectura de esta investigación, la que, sin duda, será ampliamente discutida por centrarse en una de las figuras históricas más importantes y polémicas de la historia dominicana de este siglo. No quiero, sin embargo, desaprovechar la oportunidad para realizar algunas reflexiones con la intención de continuar el diálogo entre historia y literatura abiertamente propuesto por García Cuevas. Me convierto, pues, en su interlocutor.

Es evidente, en primer lugar, las posibilidades de recurrir a los textos literarios con el fin de estudiar, desde una óptica histórica, una época, una sociedad o aspectos particulares o generales de una cultura. Ésta es una tradición historiográfica que cuenta con éxitos rotundos, aunque también tiene a su haber resultados menos convincentes. De los primeros, se pueden mencionar, entre los estudios recientes más influyentes, las obras de Edward Said, sobre todo *Orientalism*. New York, Vintage, 1979, y *Culture and Imperialism*, New York, Vintage, 1994; *Toda la vida se desvanece en el aire*. La experiencia de la modernidad, 2da. ed., Mexico, Siglo XXI, 1989, de Marshall Berman; y, en el ámbito latinoamericano, el libro de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1989. Aunque menos influyentes que las anteriores, las investigaciones del cubano Reynaldo González en torno a la novela Cecilia Valdes, recogidas en su hermoso libro *Contradanzas y latigazos*, 2da. ed., La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1992), y el sugerente estudio de David Herzberger sobre la relación entre la historiografía y la literatura española durante la época franquista, *Narrating the Past. Fiction and Historiography in Postwar Spain* [Durham, NC. Duke University

Press, 1995, constituyen elocuentes ejemplos de las posibilidades del estudio de esa área huidiza y problemática que son las relaciones entre la historia y la literatura.

El libro de García Cuevas, en el ámbito dominicano, constituye un reto a explorar tales posibilidades. Sin embargo, el mismo plantea un dilema de carácter conceptual y metodológico que, interesantemente, no es contemplado por el autor y que, creo, amerita una reflexión detenida. Bosch no es cualquier escritor, entre otras cosas, porque ha escrito tanto obras de ficción como obras históricas, políticas y sociológicas. Además, sus ideas poseen una gran capacidad de interpelación entre vastos sectores de la sociedad dominicana. Más aún, sus interpretaciones históricas y sociológicas están ampliamente difundidas en los círculos de la intelectualidad dominicana y antillana. Es evidente, para no ir muy lejos, las influencias de las interpretaciones histórico-sociales de Bosch sobre el mismo García Cuevas. Entre otros ejemplos, se puede mencionar su uso de la categoría de la "pequeña burguesía", tan central en las obras históricas y sociológicas de Bosch, en su análisis de *La mañosa*. En otras palabras, García Cuevas parte de la visión global de la historia dominicana ofrecida por Bosch, su *objeto* de estudio. Y aquí, me parece, hay cierto riesgo. Al interpretar el contenido histórico-social, ideológico y político de su obra literaria a partir de los escritos histórico-sociales del mismo Bosch, creo que García Cuevas corre el riesgo de caer en una cierta circularidad. Máxime porque Bosch ha ofrecido, en varias ocasiones, reinterpretaciones sobre sus obras literarias en coyunturas ideológicas y políticas determinadas, interpretaciones que, evidentemente, quedaron marcadas por los contextos en que se produjeron.

Además, existe una diferencia entre el "contrato de factualidad" establecido entre el autor de una obra histórica o sociológica, por un lado, y el de una literaria, por el otro. Mientras que en el primer caso se asume el "discurso de lo real", el segundo se basa en el "discurso de lo imaginario" (en esta distinción sigo a Hayden White, *The Content of the Form Narrative Discourse and Historical Representation*, 2da. ed., Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992. Sin embargo,

como ha argumentado entre otros el mismo White, resulta peligroso -además de pretencioso- asumir que la historia es *la verdad*, sin más, o que la frontera entre historia y ficción es una línea fija, claramente delimitada y definitiva. Si ello es así para todos los que narramos algo, sea historia o ficción, ¿no es esa demarcación, en un autor como Bosch, mucho más problemática que en otros autores, al menos porque sus propias interpretaciones histórico-sociales, es decir, sus interpretaciones sobre "lo real", inciden sobre los significados que se le pueden adscribir a sus textos ficcionales? En otras palabras, ¿no presenta un riesgo el asumir su discurso histórico-sociológico como fundamento "científico" -el que parte del "discurso de lo real"- para interpretar sus obras de ficción? Yo, por supuesto, no tengo una respuesta categórica a este dilema, y, para el caso, creo que nadie la tenga. De todas maneras, debemos agradecer que existan obras como la de García Cuevas que posibilitan e incitan a reflexionar en esa dirección. El problema planteado, de carácter epistemológico, apunta hacia las discusiones sobre las categorías y las teorías a emplearse para enfrentarnos a una época como ésta, de transformaciones y rupturas inquietantes. En el fondo, es -no quepa duda- un problema político, que se refiere a las maneras en que, invocándolo o exorcizándolo, nos posicionamos ante las diversas variantes del poder, incluso ante las múltiples seducciones de la escritura, la ciencia y la ficción.

Esto último nos remite a la posibilidad de realizar una lectura de la obra de estas tres figuras intelectuales en términos de su posicionamiento frente al poder, reflexión que, obviamente, excede las intenciones de este breve comentario. No quiero dejar de notar, sin embargo, que su resistencia a las tentaciones del poder fue, precisamente, lo que distinguió a Bonó. Por eso, hoy, para los que seguimos creyendo en "juntar la riqueza con la justicia" y en definir a las naciones a partir de sus sectores populares, su pensamiento adquiere cada vez más relevancia. Su pensamiento -"muy atrasado", según su propia opinión- ha pasado a ser un "horizonte" posible desde el cual es factible plantearnos la crítica del presente.

Pedro L. San Miguel

Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras



Oungun

Tinta/gouache sobre papel de Jaime Colson, 1957. Fuente: Museo Bellapart. *Jaime Colson. Pinturas*. Coral Gables, Florida, Palette Publications, 1996, p. 100.